





































































satisfechas. El propio Guillermo Sundheim podía compartir personalmente esta euforia. En todos los fastos, el Hotel Colón había desempeñado un papel fundamental y emblemático. En él se alojaron todos los visitantes ilustres -excepto los miembros de la casa real, que permanecieron en el crucero “Conde de Venadito”, fondeado en la ría- y en él se celebraron recepciones diplomáticas y protocolarias, banquetes y bailes. Tan notable había sido el protagonismo del alemán, en definitiva, que el Ayuntamiento decidió premiarle con una calle y eligió la avenida que partía desde el Hotel Colón hacia el cabezo de San Cristóbal para darle el nombre de Alameda Sundheim. E, incluso más arriba, como ya expliqué, las columnas del reconocimiento debieron de conmoverse porque una vez finalizados los festejos el Gobierno pretendió premiar el trabajo que él y Sundheim habían realizado con sendos títulos de nobleza<sup>45</sup>.

Había que ser, ante todo, positivos. Bien cierto era que no se había conseguido ni edificio para la Biblioteca colombina, ni museo ni mausoleo, pero el embarcadero del río Tinto lucía coqueto; en el Convento de La Rábida la restauración esmerada de Ricardo Velázquez quedaba patente, y su monumento al Descubrimiento, aunque terminado con prisas y sustituyendo el mármol de los remates por madera y yeso, se erguía con dignidad suficiente.

De lo demás, arquitecturas efímeras y atrezzo, como en la vida misma, nada más permanecería. Antes de que octubre acabase, el Ayuntamiento ya había sacado a subasta pública los restos polvorientos de la efémerides -incluidas las tres carrozas, la tribuna y las 20.000 bombillas- quizás con el ánimo de despejar sus almacenes y recuperar algo del peculio invertido<sup>46</sup>.

---

<sup>45</sup> Manuel de Burgos y Mazo, *Antología histórica...*, p. 50. *La Provincia*, 23-10-1892.

<sup>46</sup> *La Provincia*, 25-10-1892.